

Las cortesanas de Venecia

Hay un pequeño libro que se publicó bajo el cuidado de Rita Casagrande de Villaviera sobre *Le Cortigiane Veneziane del Cinquecento*. La más antigua profesión tuvo entonces, merced al papel que desempeñaron algunas mujeres refinadas y cultas, un prestigio considerable, no ya solo entre los disolutos y hombres de mundo, sino entre escritores y artistas, porque con estos alternaban las cortesanas en tertulias literarias o para extasiarse con las producciones musicales de Fossis, Willaert, Cipriano de Rore, Joseffo Zarlino, Claudio Merulo y principalmente las de Andrea y Giovanni Gabrieli. Había en la Venecia de entonces un encanto musical que se desbordaba por todos los ángulos de la ciudad, según relata Barbián; la música estaba en todas partes, en las iglesias, los teatros, los palacios, las academias, las villas y las barcas que recorrían los canales y se alejaban dulcemente por la laguna. La reputación musical de la ciudad se unía a la de sus mujeres bellísimas y fáciles para encantar a los forasteros, al *forestier inamorao* que aparece en un madrigal con música de Giovanni Gabrieli. Como muchas de aquellas mujeres cantaban también excelentísimamente, se le rendía tributo a esta grada adicional y el pequeño libro que hemos mencionado trae a cuento la narración que hizo Sañudo del entierro de Lucía Trevixana, “tura cortigiana e molto nominata apresso musici”. Estos, los músicos, asistieron a una solemne misa fúnebre en Santa Catarina y otros oficios fúnebres por su alma; homenaje a aquella que los había fascinado con su canto, a los dulces acordes de la viola o del laúd.

Claro está, tales prestigio y fascinación tenían que provocar también inclementes ataques. Pero el ambiente de riqueza y esplendor era propicio no solo a ese florecer de la música, el amor y la poesía, sino también al de la pintura, en un marco de grandeza política y de potencia financiera que contrastaba con la crisis económica de otras regiones italianas. El pequeño libro a que nos referimos hace alguna alusión a la edad de Pericles para decirnos que las mismas circunstancias que favorecieron la supremacía de ciertos tipos de mujer en Corinto y en Atenas se presentaron en la Venecia del Cinquecento. “Junto a los literatos -dice- encontramos hombres de condición elevada, patricios, artistas y músicos que fueron naturales secuaces y adoradores de la cortesana, considerada no tanto como instrumento de placer, sino colocada en la atmósfera particular de la señora de una espléndida morada, de la mujer de argucias fáciles y sutiles; atraída por variados intereses culturales en los cuales participaba activamente; antecesora, bajo este último aspecto, de la moderna intelectual. Una mujer libre, en fin, cabalmente libre, símbolo de la nueva civilización que comenzaba”.

Las heteras griegas

Mitchell Carroll, Ph.D., un erudito profesor de filología en la George Washington University, nos dejó una sabia y amena historia de la mujer en la Grecia clásica. No se puede entender, dice, la situación de la mujer en esos viejos tiempos sin la rigurosa separación en dos clases: la que él llama *citizen-woman* y la cortesana o amante. “Este notable aspecto de la vida griega se debe al hecho de que los antiguos helenos, por regla general, buscaban la recreación y el placer, no en el seno doméstico, sino en la sociedad de mujeres inteligentes que no solo habían cultivado sus encantos físicos sino también preparado su sensibilidad y su intelecto hasta llegar a ser *virtuosi* en todos los artes del placer. La agradable forma *de sus* relaciones, su conversación brillante y vivaz, prestaban a la asociación con ellas una seducción y una fascinación peculiares”.

Para distinguirlas de las *citizen-women* por una parte, y de *las simples* prostitutas, por otra, los griegos las llamaron eufemísticamente “heteras”, esto es, compañeras o camaradas. Un nombre que, recuerda Carroll, tuvo inicialmente el mejor sentido; pero que, como la palabra “amante”, cayó de su alto rango para llegar a describir las simples hembras de placer. Demóstenes hizo de las mujeres una clasificación bien curiosa: “Tomamos una hetera para nuestro placer; una concubina para la diaria atención de nuestras necesidades y una mujer para que nos dé hijos legítimos y una casa respetable”. Pero la ascensión de la hetera al alto rango que ocupó en la vida de los griegos solo llegó cuando en la edad de oro de Pentes Atenas se alejó de la sencillez antigua y el aumento de riqueza, junto con el influjo de los extranjeros, hizo pasar de moda los patrones de la moralidad antigua. El respeto reverencial por el matrimonio se volvió una cosa del pasado y la unión con las heteras llegó a ser práctica común. Casi todos los grandes hombres de Atenas tuvieron relaciones con ellas y, naturalmente, los jóvenes siguieron el ejemplo. Corinto, con sus “hierodulas”, llegó a ser por estos aspectos la ciudad más notoria y también la más costosa.

Una moda de las cortesanas de Venecia

Algo semejante, no igual, imperó en la Venecia del Cinquecento, pese a las relativas limitaciones que imponían la religión y ciertas severas disposiciones de las autoridades que hombres y mujeres burlaban con descaro. Para las cortesanas, el llegar a tener un amante literato que las tornase inmortales en sus cantos y las rodeara de divino prestigio ante sus discípulos llegó a ser una verdadera moda. La notoriedad que se adquiría con los intelectuales hacía que llovieran los adoradores adinerados. Los jóvenes, a menudo desprovistos de medios con qué pagar los favores de aquellas damas, les ofrecían las obras de su ingenio y así contribuían a darles fama y preeminencia.

Las reuniones con patricios, artistas, intelectuales, embajadores y prelados cultos no se celebraban solamente en las academias sino a menudo en las habitaciones de las cortesanas más notables y, en todo caso, estaban aprestigiadas por la presencia de estas. En aquellas graciosas conversaciones el amor sensual, propio del siglo, cedía el puesto a un inconsistente sentimiento que quería ser platónico, elevado e inmaterial. Se discutía del amor, nos dice el librito que venimos comentando, de la naturaleza del amor, se planteaban preguntas atinentes al amor. “Precisamente I con el título de *Diálogos* el siglo XVI vio aparecer una serie de tratados de varios autores, iniciada por el serio y docto Sperone Speroni, en los cuales la protagonista que interrogaba no es la dama reservada del patriciado, sino la cortesana que sabe ser también una gran seductora de los poetas y de los literatos”.

Las más célebres cortesanas del Cinquecento Gaspara Stampa

El rastro de ella se encuentra en numerosos escritos de la época; no pocos satíricos e injuriosos y otros meramente narrativos o colmados de loas. El Aretino en su temporada veneciana fue amante de Ángela Zaffetta y con ella cenaba frecuentemente, nada menos que en la ilustre compañía del Tiziano y de Jacopo Sandovino. También fueron estos compañeros de mesa con Aretino de otra famosa cortesana, Franceschina Bellamano, cuya música dulce encantaba a aquel gran ingenio libertino llegado a Venecia después del terrible “*sacco de Romar* en 1527.

Rita Casagrande dedica particular atención a mujeres que nos dejaron sus obras en verso como un buen

testimonio de la época: Gaspara Stampa, Tullia D’Aragona y Verónica Franco.

Sobre si Gaspara fue solo la apasionada y no feliz amante del conde Collaltino di Collalto y no una cortesana se han escrito documentados estudios. Algunos muy recientes, como el de Salza; pero debe recordarse sobre todo que Francesco Sansovino le dedicó en 1545 su *Ragionamento*, libro en el cual, tras recordar con dolor al hermano de Gaspara, Baldassare Stampa, poeta también que murió a temprana edad, y a la *onorata sorella* Cassandra, da a la apasionada mujer el consejo de “continuar sus estudios, en la confianza de que su obra le enseñe a huir de los engaños que usan los perversos hombres con las cándidas y puras doncellas”. Menos galantemente la trató Doni en su *Pistolotti* para demandarle sus favores. Sansovino mismo la definió *cortigiana compitissima* y en su *Ragionamento* expresa sobre la mujer conceptos que poco se compadecen con la admiración que para Gaspara muestra. *Un piacevole animale, Nata per i nostri diletti*, son frases que se mezclan a los consejos que los protagonistas del diálogo dan a las mujeres.

Fue Gaspara música excelentísima, cuyos cantos de sirena teman fuerza para sacar a quienes la escuchaban fuera de sí mismos, como dice Parabosco en un apasionado elogio. “¿Quién vio nunca tanta belleza en otra parte? ¿Quién tanta gracia? ¿Quién tan dulces maneras, quién escuchó más altos conceptos? “Esas y otras frases se enderezaron en la ‘divina sirena’, que así también le llamó Perissone Cambio al dedicarle su Primo Libro dei Madrigali. Como puede apreciarse, no fue poca la celebridad de esta *cortigiana compitissima*, de la cual pueden encontrarse otros muchos elogios encendidos en escritos de la época. De ella quedan, como muestra principal de su ingenio, el *Canzoniere* que nuestro librito no vacila en calificar de sorprendente y maravilloso» Pero la poetisa no fue feliz porque si el Conde Collarino representó para ella el verdadero y absoluto amor de su vida (no importa si fue el primero ni tampoco el último), para él sólo constituyó el capricho de una breve estación, y su indiferencia y crueldad hicieron sufrir cruelmente a Gaspara. El *Canzoniere* está lleno de esa pasión ardiente, lo mismo que de quejas dolorosas. Cuando Collarino contrajo matrimonio con otra mujer, Gaspara invocó a la muerte; aunque poco a poco se diluyó ese dolor, porque la mujer era de naturaleza sensual. Entonces reaparecen en sus versos los vocablos que usó para referirse al Conde. Otra vez el “deseo”, “el fuego”, “la dulce mirada” “el goce”, “el deleite” brotaron irrefrenables de la pluma de aquella que a sí misma se llama “nueva salamandra”, cuando entabla apasionadas relaciones con el patricio Bartolomeo Zen. Las últimas rimas de la poetisa cortesana están, sin embargo, empapadas de un sentimiento de inquietud, de remordimiento, de la conciencia de sus propios errores. No fue larga la vida de Gaspara; murió a los veintinueve años.

Tullía D’Aragona

Tullía D’Aragona no era veneciana; llegó a La Serenísima proveniente de Roma y permaneció allí sólo entre 1534 y 1537.

Tenía también grandes atractivos físicos, buen conocimiento de la música y fama de poetisa, aunque, según Rita Casagrande, sus *Rime* son muestra de una poesía más bien árida, de una frialdad que nace de su falta de inspiración, y las descripciones repetidas de sentimientos elevados y espirituales llegan a ser aburridoras, por el mismo hecho de que son falsas y en completo desacuerdo con sus hechos y sus costumbres. Contra Tullia se ensañaron detractores feroces, entre estos el Aretino, nada menos, y Giraldi Cinzi; pero también la ensalzaron admiradores fervorosos que le dedicaron colecciones completas de poemas. Fue, por tiempo más bien breve, amante del Tasso y la exaltó Speroni. Pero

Venecia, en general, no le ofreció lo que esperaba y en 1537 se marchó a Ferrara donde obtuvo éxitos que casi oscurecen los de la misma Victoria Colonna.

Verónica Franco

A diferencia de Tullia, Verónica era veneciana de nacimiento y, según las investigaciones de Salza, su madre también fue meretriz. Incluidas están las dos en el “Catálogo de todas las principales y más honorables cortesanas de Venecia” que señala para cada una el precio que debía pagarse por sus favores, el mismo, por cierto, para la madre y la hija, e incomprensiblemente bajo: sólo dos escudos. Los contemporáneos alaban las dotes no comunes de su ingenio, su espontánea gentileza y la natural generosidad de su ánimo. Casó muy joven, se separó cuando apenas contaba dieciocho años y a los treinta y cuatro ya había tenido seis hijos acerca de la paternidad de los cuales tenía muchas dudas, según lo confesó cándidamente en su testamento. Ganó notoriedad literaria con las *Terze Rime* y las *Lettere familiari a diversi* que aún hoy se señalan entre las obras más notables del Cinquecento por la espontaneidad del lenguaje y la fuerza del sentimiento. Asidua de Ca Venier, encontrábase allí con los más renombrados literatos de la época y dos de los Venier tuvieron importancia en su vida. Marco, su amante, quien le expresó en versos apasionados sus sentimientos, y Maffio, también poeta lírico. En julio de 1574 Enrique III Valois, quien dejaba el reino de Polonia para ascender al de Francia y fue objeto en Venecia de un fastuoso recibimiento, visita a Verónica en su casa y cuando parte se lleva como regalo de ella un retrato en esmalte, al cual hará más tarde alusión la poetisa cortesana en dos sonetos rebosantes de gratitud. Pero ni la posición ni los gustos de Enrique lo podían inclinar a una *liason* perdurable con Verónica.

La mayor ocupación de Verónica, nos dice Rita Casagrande, fue ciertamente el amor, y en un sentido de seguro no platónico, aunque siempre contenido en los límites de una cierta elegancia. Sensible, si sus amores auténticos le dieron goce, sufría mucho cuando se veía abandonada del elegido del momento. Sublime *da-trice* de voluptuosidad al tiempo que mercenaria, la ha llamado Croce. Como la mayor parte de las cortesanas de Venecia tuvo que padecer a los detractores que en verso o en prosa hablaban de su afán de lucro o la pintaban en lamentable decadencia física. Creyó que su propio amante Marco no era extraño a esos pasquines en verso 1 alguna vez le contestó con ira, ofreciendo extirpar “la falsa lengua que en mi daño miente”. Pero, en realidad, el detractor era Maffio.

Tintoretto, cuya amistad cultivó, pintó de ella un retrato que desgraciadamente se ha perdido pero que está mencionado en las *Lettere* donde su vida y su carácter quedaron expuestos con sinceridad y elegante sencillez. Por desgracia, en el mismo año en que se publicaron tuvo que padecer las amarguras que le trajo una denuncia ante el Tribunal del Santo Oficio. Son muy discutibles las versiones que se hicieron correr sobre su conversión; murió en 1591. Fue, dice el libro de Casagrande, la última verdadera cortesana de Venecia y de Italia. Las que le siguieron, símiles sólo en apariencia, serán sólo las meretrices de todos los tiempos. “Con Verónica terminó también el Cinquecento y desaparecieron de las escenas los espíritus de aquella prestigiosa cultura que habían animado la vida de ese siglo espléndido y corrompido, turbulento, genial y fecundo”.

El testimonio de Casanova

Las cortesanas de Venecia siguen, sin embargo, apareciendo en la literatura. Casanova, casi al comienzo de sus memorias, nos habla de una Julieta que de niña hizo rápidos progresos en la música, cuando Bastien Uccelli la convirtió en su amante. Casanova la conoció cuatro años más tarde y sus

encantos le parecieron más obras del arte que de la naturaleza. Aunque la encontró, en suma, bella, un examen reflexivo, con el pensamiento puesto en los cien mil ducados que habían sido su precio, le quitó toda tentación de conocer sus encantos. Ciertamente, Julieta no podía compararse intelectualmente con las grandes cortesanas del siglo XVI. “No tenía, escribe el gran seductor, ni las bellezas de la sencilla naturaleza, ni el espíritu de la sociedad, ni un talento notable ni maneras fáciles, es decir, las cosas que un hombre de buen gusto desea encontrar en una mujer”. Esa descripción, hecha en público, convirtió a Julieta en enemiga jurada de Casanova.

Relaciones más graciosas tuvo este con cortesanas de Venecia. De ninguna, empero, queda la huella en una poesía o en una colección de cartas de amor. *Ya* no eran las “principales y honorables cortesanas” enumeradas en el célebre “Catálogo” que cuatro siglos después ojeamos para encontrar en él, melancólicamente, la indicación de dónde vivían y cuál era la tarifa de sus favores.

“Nueva Frontera”. 30 d noviembre de 1974